
Editorial

Han sido muchos los intentos por unificar a Iberoamérica, pero hasta hoy el sueño bolivariano no ha podido hacerse realidad.

Iberoamérica unida representaría un poder tan grande, que podría, entonces sí, defender los intereses de la región frente a las embestidas económicas de las grandes potencias industrializadas.

Cada país se enfrenta sólo, a las políticas económicas mundiales, diseñadas para hacer más fuerte al poderoso y para explotar al máximo al menos fuerte. El precio de sus productos naturales son fijados desde fuera, desde la conveniencia de los grandes mercados que compran barato y venden caro. Es la ley de la oferta y la demanda, dicen, cuando en verdad es la ley de la selva.

Bolívar sabía que sólo unidos podrían nuestros países alcanzar la grandeza y la verdadera independencia, la que permite que cada nación haga sus propias decisiones y rija su destino. Otros lo han comprendido igual, entre ellos Fidel Castro, que cuando hubo de romper con el imperio, conminó a los demás países a apoyarlo y a buscar en la unidad, la fuerza. Fue desoído. Era más importante vender azúcar que crear un nuevo imperio.

La Primera Cumbre Iberoamericana celebrada en Guadalajara nos abre nuevas perspectivas y trae un poco de esperanza. Los mandatarios hablaron de luchas comunes contra la pobreza, la drogadicción, la marginación, la discriminación. Hablaron de estar unidos en la libertad.

Para poder lograrlo tendrán que llegar a acuerdos económicos y políticos que conduzcan al desarrollo equilibrado de la región. Hacer ésto una realidad puede llevar muchos años, trabajo tenaz, constante y solidario; lucha contra las influencias que quieren mantenernos divididos; conciencia de que el interés particular debe supeditarse al interés común.

Roma no se construyó en un día; Iberoamérica libre, tampoco. 